



UN PROBLEMA COLOSAL

Son tan tiernos como peligrosos. Entre los expertos del mundo salvaje, es bien sabido que los hipopótamos matan a más personas al año que los leones, los lobos, los tiburones y los elefantes... juntos. Las cifras más recientes sobre su letalidad son de la Organización Mundial de la Salud (OMS), que señalaba en 2014 que los ataques de los *Hippopotamus amphibius* (que se traduce como ‘caballo de río’) dejan cerca de quinientos muertos anuales. Y, si uno lo piensa bien, así su letalidad no sea tan taquillera como la de los tigres o las serpientes, es claro que, sin mucho esfuerzo, podrían matar a mordiscos a un humano o a cualquier otra cosa viva que se les atravesase y sientan que representa una invasión de su territorio o un peligro para sus crías. Así que la tierna imagen de Gloria, la hipopótama de la película *Madagascar*, es una ficción.

Un hipopótamo puede pesar entre mil trescientos y tres mil kilos y alcanzar velocidades de hasta cuarenta y cinco kilómetros por hora, y está dotado de sendos colmillos de cincuenta centímetros. O sea que en una embestida, que las hacen con frecuencia cuando se sienten invadidos porque son una especie muy territorial, lo mejor sería no estar en su camino. Yo los he visto en acción: son moles y, al verlas de frente, no tienen nada de tierno. Aunque dan la impresión de ser pesados y lentos, en realidad son veloces en tierra y muy ágiles en el agua, donde sorprenden siempre a sus víctimas porque aparecen con sigilo. En África así es como vuelcan las lanchas de los pescadores.

El encuentro más cercano que he tenido con estas bestias no fue en medio de un safari africano. Fue en pleno río Magdalena. Para los que aún no se han enterado, Colombia es un país tan próspero y fértil que acá, en la antípoda de su hábitat de origen, los hipopótamos encontraron el paraíso, a diferencia de muchos humanos y especies nativas que sufren hoy por todo tipo de vejámenes. Nuestro país es el único lugar, fuera de su África natal, donde existe una población de hipopótamos salvajes.

Este edén en el que nadan, pastan y copulan con toda frescura es cortesía de otra de las extravagancias del narcotraficante Pablo Escobar. Entre las excentricidades del capo mayor de Colombia en los años ochenta, estaba la idea de construir su propio Neverland. En el Magdalena Medio, exactamente en el calor de Puerto Triunfo, en Antioquia, encontró el lugar perfecto para crearlo. Como si se tratara de un Noé criollo, en una suerte de *narcoarca*, Escobar importó a dos o más ejemplares de diferentes especies africanas —entre ellos, jirafas, cebras, elefantes, rinocerontes y tres hembras y un macho de hipopótamo— para poblar su zoológico de tres mil hectáreas.

Tras la caída del capo en 1993, el edén colombiano quedó a la deriva. El safari fue recapturado, especie por especie, menos una: no había forma de atrapar a los hipopótamos que, una década después de su llegada, ya se habían multiplicado y conformaban una manada considerable que aumentaba su número. Esto era gracias a que, al no tener depredadores naturales en el país, ni épocas de sequías como en África, no tenían más que dedicarse a la buena vida y pasar todo el día comiendo, cagando, copulando y reproduciéndose. La revista *Pesquisa Javeriana* los denominó «ingenieros de los ecosistemas» porque «consumen más de setenta kilogramos de pasto al día para alimentarse».

El problema, que como todos los temas ambientales en este país fue subestimado o, mejor dicho, ignorado a pesar de sus colosales proporciones, se convirtió en menos de treinta años en un asunto realmente riesgoso, pues en este momento ciento treinta hipopótamos se pasean orondos por el río Magdalena, como las iguanas con ruana de lana que toman café a la hora del tē. El daño ecológico que causan es devastador. Un estudio realizado por la Universidad Nacional y el Instituto Humboldt determinó que «la población de hipopótamos crece a una tasa anual del 14,5 % y alcanzará su máximo crecimiento para 2034, con una población por encima de 1 400 individuos».

El impacto de los hipopótamos colombianos podría ser desde el desplazamiento de especies nativas que habitan la cuenca del Magdalena, como los manatíes, hasta alteraciones químicas en las aguas del río y sus afluentes, que podrían comprometer considerablemente la población de peces. Y, por supuesto, lo más delirante de todo, lo que nunca se nos había ocurrido al vivir en un país como Colombia, que ya suficientes delirios tiene a diario: ataques de hipopótamos a humanos, como ya se ha testimoniado en casos de pescadores que han sobrevivido para contarlos.

No me malinterpreten. Por supuesto, como toda la fauna colombiana en general, los hipopótamos han sido también víctimas de la guerra inescrupulosa que nuestra insaciable violencia ha dejado en los últimos sesenta años. Seguramente, dentro de todo, ellos estaban bien y tranquilos en algún lugar de Estados Unidos, de donde fueron importados, y terminaron acá por cuenta de los antojos de un narco excéntrico que lo mismo repartía bala que traficaba con animales por capricho, aunque algunas personas dicen que los excrementos de los animales salvajes se utilizaban para confundir con ese olor a los perros antinarcóticos. Como casi todas las cosas que nos dejó Escobar, sus hipopótamos son otra secuela absurda de sus excesos. Y, encima, nada se hace para darle solución.

Hoy, la discusión es de alto calibre y, claro, pasa de agache en la agenda colombiana porque, habrá que ver, son mucho más prioritarios otros de nuestros delirios (como la corrupción y la guerra, solo por poner un par de ejemplos) que pensar en cómo se detiene la reproducción de hipopótamos, algo que ni en África se había estudiado. Tal vez por eso, las pocas soluciones que se han planteado han sido polémicas: desde enviarlos de vuelta a la tierra de sus ancestros, pasando por atraparlos y castrarlos (lo cual ya se sabe que no es viable), hasta emprender una cacería para matarlos. La reputada bióloga Brigitte Baptiste es partidaria de este sacrificio y se opuso a la delirante propuesta de un candidato político que, en plena campaña, planteó hacer un santuario para estos gigantes. ¿No existen aún santuarios para otras especies locales en peligro y piden que hagamos uno para estos foráneos que son un verdadero peligro?

Cualquiera que sea la solución, lo cierto es que debe ser pronta. Pero el Estado colombiano, haciendo gala de su eficiencia, lleva más de veinte años sin dar siquiera los primeros pasos.

Solo en febrero de 2022 anunció que, por fin, declararía a los hipopótamos como especie invasora, aunque no lo ha hecho oficialmente. Si así lo hace, habrá que ver entonces cuál será el berenjenal que se inventan para borrar, y a tiempo, a más de cien hipopótamos, una estirpe que en Colombia parece no tener una segunda oportunidad sobre la tierra.

